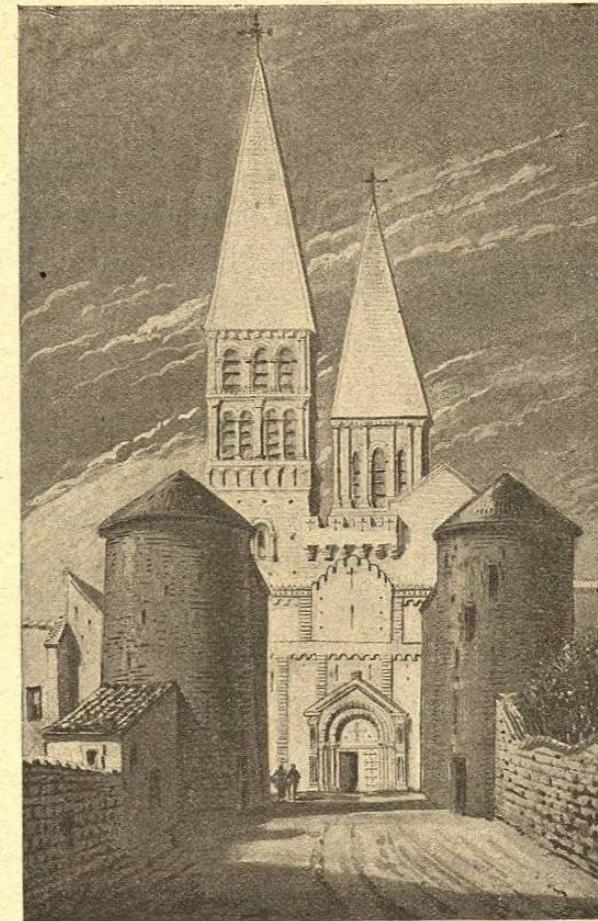


á la libertad, esos elementos tan diversos, que hubieran podido sostener rudas guerras civiles, no entraban en fermentación de lucha, y el país desarrollaba en paz su industria y sus riquezas: los Griegos introdujeron allí la sericultura; otros extranjeros aportaron sus profesiones y sus oficios. Es probable que la brújula, cualquiera que sea el origen primitivo, local ó de importación extranjera por mediación de los Arabes, llegó á generalizarse en los mares sicilianos: el nombre mismo *bussola* es una palabra siciliana que significa *cajita de madera*. En cuanto á la marca de la flor de lis, grabada todavía en nuestros días sobre el cuadrante de la brújula, no pudo ser puesta más que en el dominio de las Dos Sicilias, gobernado al fin del siglo XIII por príncipes de la casa de Anjou, pero el uso de ese ornamento no indica que el descubrimiento de la aguja imantada no fuera muy anterior. La primera mención de un barco que se dirigiera por la brújula data de 1294: en aquella época el barco *San Nicolás*, de Messina, tenía á bordo dos « calamitas » ó « agujas de mar », con su aparato ¹. La leyenda de un supuesto inventor de la brújula, natural de Amalfi, no se funda sobre ningún documento de la época y se explica por una equivocación de comentadores modernos.

Federico II, que vivía como un príncipe oriental en su quinta napolitana de Lucera, de la cual había hecho una industriosa ciudad sarracena, afectaba un género de vida que le haría aparecer como un verdadero monstruo á los ojos de los cristianos fanáticos. Un elefante llevaba su estandarte imperial, símbolo del mundo extranjero á Europa, cuyo representante se declaraba. A pesar de los recursos considerables que le valían sus dominios mediterráneos, se hallaba en condiciones muy difíciles, sobre todo considerando que su imperio estaba geográficamente dividido; su residencia en la Italia meridional se hallaba demasiado fuera del centro natural del imperio para que no se introdujera la desorganización en el conjunto del gran cuerpo: Roma y las ciudades lombardas que el emperador alemán encontraba en su camino se unían frecuentemente á la múltiple muralla de los Alpes para impedir ó retrasar su marcha. El mundo germánico y su dueño oficial se hallaban tan alejados el uno

¹ Ch. de la Roncière, *Un Inventaire de Bord en 1294*. Bibliothèque de l'École des Chartres, 1897.

del otro, que las poblaciones alemanas aprendieron á pasarse sin su gobierno, y las ciudades comerciantes se aprovecharon de ello con gran celo para asegurar sus franquicias y la libertad de sus relaciones recíprocas. Pero era imposible que de rechazo el emperador no sufriera afrenta ó perjuicio, y en efecto, después de la derrota y la muerte de Federico II (1250), la raza de los Hohenstaufen, condenada en sus representantes á la vida de aventuras, acabó por extinguirse miserablemente, y el papa, victorioso en una lucha que duraba hacia ya doscientos años y queriendo extirpar la herejía que habían tolerado los príncipes alemanes, confió el dominio de las Dos Sicilias al rudo y malo Carlos de Anjou: de ese rey esperaba servicios análogos á los que su tío, el monarca



Gabinete de las Estampas.
TOURNUS — FACHADA DE LA IGLESIA DE SAN FILIBERTO

francés, había prestado con la matanza de los Albigenses.

Las antiguas provincias latinizadas de la Galia meridional, desde Marsella á Tolosa, menos frecuentemente recorridas por los bárbaros que las llanuras del Norte, se habían defendido muy bien contra las brutalidades feudales. Gracias á sus antiguos privilegios urbanos, á su organización municipal apoyada sobre una larga tradición, y con

frecuencia también gracias á fuertes murallas y á su valor, los ciudadanos de las ciudades del Mediodía habían conservado y desarrollado una civilización muy superior á la de la Francia septentrional; se habían aprovechado también del comercio de los Arabes para renovar sus artes, aumentar sus conocimientos y ser en Europa iniciadores para las ciencias y para los trabajos del pensamiento. Su hermosa lengua, que había de decaer pronto durante siglos en la condición de dialecto, era una de las más elegantes y mejor formadas entre los idiomas románicos, y, aun fuera de las comarcas tolosanas y provenzales, adquiría una especie de superioridad: podía esperarse que sucediese al latín como lenguaje de los letrados. Habiendo abierto las inteligencias, las « herejías » ó lo que así denominaban los católicos, se osaba discutir, en los castillos y hasta en la plaza pública, los dogmas y las creencias, y se había podido llegar á verdaderos concilios del pensamiento libre ó emancipándose á medias.

Lo que perjudicaba á las ciudades del Mediodía en sus tentativas de emancipación completa, es que miraban hacia el pasado como la Roma de Arnaldo de Brescia: daban demasiado importancia á su organización urbana municipal, se complacían orgullosamente en el formalismo tradicional de sus ceremonias y no estaban animadas del nuevo espíritu que los intereses comunes de la industria y del comercio daban á las ciudades de la Italia lombarda y á las del Norte de Europa. La vida moderna no pudo producirse con suficiente impulso en ese medio obstruído por las ruinas de la civilización romana. Por otra parte, si el feudalismo afectaba en el Mediodía de las Galias un carácter menos brutal que en el resto del país, debíase siempre al poder de algunos que tenían intereses personales absolutamente contrarios á los de sus súbditos y que disponían de grandes recursos de dinero añadido á su prestigio.

Otro hecho de orden geográfico contribuía también á disminuir la fuerza de resistencia de las poblaciones del Mediodía, consistente en que no presentaban un conjunto bien dispuesto para la defensa; al contrario, su territorio estaba por los dos lados, del Este al Oeste, completamente abierto á los ataques del exterior, y, hacia su centro, de tal modo se hallaba estrechado, que las comunicaciones llegaban

á ser difíciles entre los mismos defensores del país. Del lado de Provenza y de Nimes, el valle del Ródano, y del lado de la Guyena, el valle del Garona, formaban verdaderos embudos donde podían engolfarse los invasores, mientras que á la mitad de la distancia de esas dos amplias puertas, la arista que reúne los campos del bajo Aude á los del Hers en la cuenca garonesa se reducían á un verdadero desfiladero: Tolosanos y Albigenses, separados por cadenas secundarias, no podían acudir en socorro de los Biterrenses, ni, en caso necesario, ser socorridos por ellos. El mismo relieve del suelo, protector durante mucho tiempo de los Meridionales cuando el ataque era desordenado, proclamaba, por decirlo así, la futura victoria de la Francia del Norte. El gran macizo de las tierras altas, que avanza en punta hacia el Sud, que apenas deja á las gentes del Languedoc un estrecho camino de ronda entre los Cevennes y las estribaciones de los Pirineos, indica retrospectivamente cuál había de ser el término de la guerra llamada de los « Albigenses ».

A las primeras amenazas de la tempestad que la cólera del papa y de los frailes contra los herejes iba á desencadenar sobre el Mediodía de Francia, el pueblo cándido comenzó por poner su confianza en el príncipe feudal, imaginándose que éste representaba en su persona todos los intereses, todos los votos de los que le rendían homenaje; pero, aquí como en tantos otros lugares, el primer traidor á la causa de las poblaciones del Mediodía fué precisamente el hombre encargado oficialmente de la protección común y de la salvación de todos. Raimundo V, el conde de Tolosa, asustado del porvenir por las amenazas del clero, llamó á los frailes de Citeaux para defender la ortodoxia contra sus propios súbditos; después, reconociendo « la impotencia del cuchillo espiritual », recurrió al « cuchillo material » de los reyes de Francia y de Inglaterra. Sin duda fué servido á medida de sus deseos, mas como, después de todo, no quiso consentir en ser despojado de sus Estados, ganó con ello ser excomulgado « como hereje y fautor de herejes ».

Después de él, su hijo Raimundo VI, dominado por el miedo, empleó su reinado en desorganizar la resistencia de sus pueblos contra el extranjero, y, naturalmente, por premio de sus cobardías, sólo obtuvo la suprema vergüenza de haber de ser el verdugo al

servicio de sus vencedores. Una liga de los municipios de Languedoc y Provenza ofreció ciertamente una resistencia mucho más eficaz, si no se hubiera visto obligada á contar con las debilidades, las vacilaciones y las mentiras de sus deplorables señores feudales.

El violento pontífice Inocencio III no había de guardar consideraciones á un Raimundo VI. La persecución de los herejes fué organizada oficialmente en la misma Tolosa, delante de la residencia del conde, y dos frailes de Citeaux, nombrados «jueces de las herejías», llegaron á ser los verdaderos dueños de la ciudad: fueron los primeros inquisidores, los que fundaron, para un período de más de seis siglos, el terrible tribunal de los calabozos, de los tormentos y de las hogueras. A los frailes armados del cuchillo espiritual, se unieron el legado del papa, Pedro de Castelnau, y el fanático misionero «hermano Domingo» ó Dominicó, canónigo de Osma, «el más humilde de los predicadores», según decía él mismo, pero uno de los que hablaron más alto en nombre de la voluntad divina. Ese primero de los dominicos fué ante todo un maldiciente. Los equívocos y las coincidencias fortuitas de nombres tuvieron siempre una gran parte en las impresiones que recibe la multitud y que fijan sus leyendas durante mucho tiempo. Así el perro simbólico de los dominicos — dominicanos *Domini canis* — justificaba en la imaginación popular los ladridos y los furiosos asaltos de los frailes blancos contra todos los herejes; del mismo modo que fué Pedro reputado como el fundador de la Iglesia porque todo edificio reposa sobre una «piedra angular». *Tu es Petrus et super hanc petram ædificabo.*

Pero la obra de purificación no avanzaba con suficiente rapidez, y entonces, en 1207, fulminó Inocencio III su última amenaza contra Raimundo, admirable ejemplo de lenguaje diplomático de la época: «Si Nos pudiéramos abrir tu corazón, en él encontraríamos y te haríamos ver las detestables abominaciones que has cometido; mas ya que tu corazón parece más duro que la piedra, difícilmente se podrá penetrar en él tocándole con las palabras de salvación... No obstante, aunque hayas pecado gravemente lo mismo contra Dios y contra la Iglesia que contra Nos en particular, te advertimos y te mandamos que hagas una pronta penitencia, proporcionada á tus faltas, para que merezcas obtener los beneficios de la absolución.



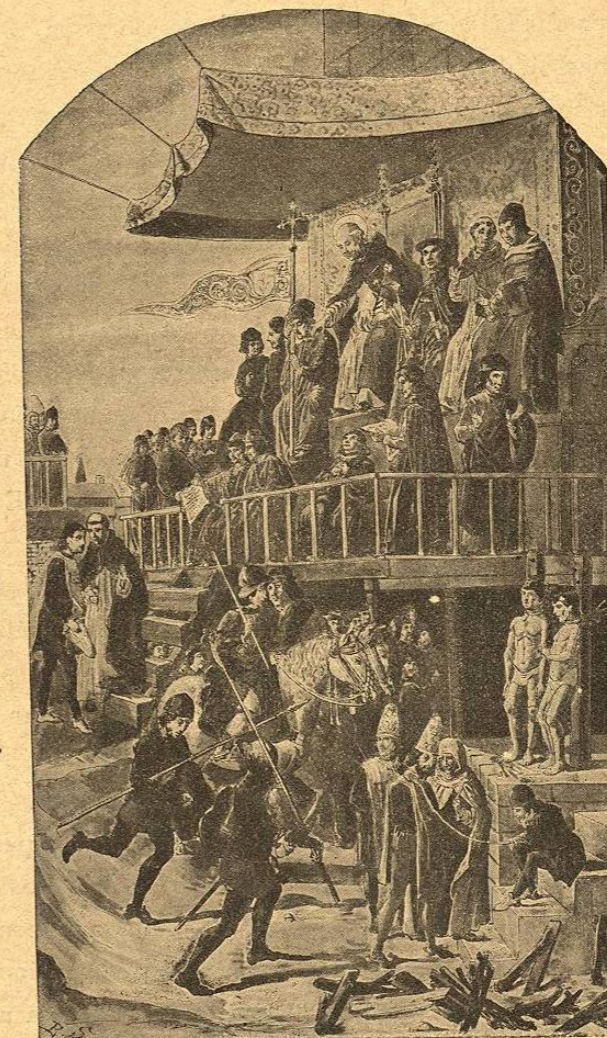
Cl. Bonfils.

JERUSALEM.—CALLEJUELA ASCENDENTE AL PALACIO DE HERODES

Si no, como Nos no podemos dejar impune una injuria tan grande hecha á la Iglesia y aun á Dios, sabe que Nos te haremos quitar los territorios que posees de la Iglesia, y, si este castigo no te concentra en ti mismo, Nos excitamos á todos los príncipes vecinos á que se alcen contra ti, como enemigo de Jesucristo y perseguidor de la Iglesia, con permiso cada uno de ellos de retener todas las tierras que pueda quitarte, á fin de que el país no sea más infectado de herejía...»

Ese permiso de pillaje concedido á los vecinos fué más eficaz que los reproches, los anatemas y las plegarias. La cruzada predicada contra el Mediodía de las Galias fué ante todo un negocio al que la herejía sirvió de pretexto: así es como

en nuestros días todos los conquistadores europeos de países de Africa ó de Asia dan á sus apetitos y á sus especulaciones bellas razones de humanidad, que no engañan á nadie. Muchos aventureros se presentaron, pero necesitaban soldados mercenarios, ¿y cómo hallarlos sin un gran botín? Porque la fe era por sí misma insuficiente para estimular su celo. Si miles y miles de herejes



Museo del Prado.

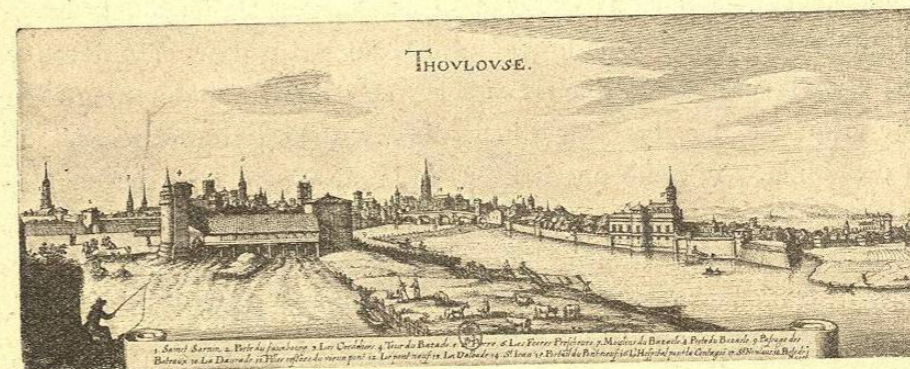
AUTO DE FE PRESIDIDO POR SANTO DOMINGO DE GUZMÁN
pintado por P. Berruguete.

«cataros», «patarinos» ú «hombres buenos» tenían sobre la naturaleza espiritual del «Hijo de Dios» opiniones en discordancia con la de los prelados, no era suficiente para excitar el furor de las masas profundas de las poblaciones de Borgoña ó de la Isla de Francia; necesitaban razones más substanciales. Ahora bien, el Mediodía era rico: sus industrias le habían convertido en gran núcleo de atracción para los tesoros del mundo mediterráneo, y dirigiéndose á las gentes de bandidaje, á los salteadores de toda especie que habían surgido de las guerras feudales y de las expediciones de Oriente, dando á sus crímenes pasados y futuros la absolución papal, acompañada de la certidumbre de alcanzar la gloria eterna, Simón de Montfort, Foulques, el obispo trovador, y el feroz Dominico pudieron reunir en su rededor bandas suficientemente numerosas para atacar los poderosos municipios del Mediodía. Por lo demás, bandidos y malandrines llamados de todas las comarcas de Europa, hasta del fondo de Alemania, no habían de hacer más que seguir en país cristiano las tradiciones de rapiña y de asesinato aplicadas en país musulmán. La empresa había de llevar también el nombre de «cruzada», beneficiar de las mismas preces y excitaciones que la marcha á la liberación del Santo Sepulcro y suministrar á los combatientes la misma parte de tierra y de botín. «Todo hombre, por cierto que esté de su condenación eterna», obtendría su perdón por el solo hecho de su participación en la matanza; pero podía también — lo que sin duda sería más precioso á sus ojos — conquistar sacos de monedas contantes y sonantes — con que comprarse una señoría — con el asalto de alguna rica ciudad de patarinos, y hasta de una ciudad de buenos católicos, siempre que hubiera un pretexto de captura.

¡Cuántas veces se han repetido, bajo formas poco variadas, las famosas palabras del fraile de Citeaux, excitando á la soldadesca á la matanza de Beziers: «¡Matad, matad; Dios reconocerá á los suyos!» Se mató en grande; después de las batallas y las conquistas vinieron las operaciones fructíferas del fisco y de la Iglesia: confiscaciones por causa de herejía, impuestos, multas, venta de feudos civiles y eclesiásticos. En el arreglo de cuentas era fácil entenderse con los señores y los barones, porque el pobre pueblo pagaba las diferencias, pero contra las ciudades, contra los municipios

en que había alentado el espíritu de libertad, las venganzas fueron crueles¹. La franca iniciativa del individuo: ¡he ahí el enemigo!

Con esas diversas vicisitudes, la guerra duró veinte años, y hasta se pudo creer que Raimundo VII, hijo del lamentable conde que se había sometido á la vergüenza de ser públicamente azotado por orden del papa, acabaría por reconquistar la herencia paternal; pero todo ello fueron éxitos efímeros, y aunque los señores feudales del Languedoc hubiesen quedado los dueños nominales de esas provincias en lugar del rey de Francia, la situación hubiera sido igualmente desastrosa, porque en el país arruinado las industrias



Gabinete de las Estampas.

Biblioteca Nacional.

VISTA ANTIGUA DE TOLOSA

estaban destruídas. Por tercera vez, después del triunfo del cristianismo, los fanáticos salteadores del Norte se avalanzaron sobre la desgraciada ciudad de Tolosa para despojarla de sus tesoros y degollar á sus habitantes. Por tercera vez, después de los Francos de Clodoveo y los Austrasianos de Carlomagno, los que se llamaban ya los Franceses hicieron brotar del suelo la fuente de sangre que, según la leyenda, aparece de era en era sobre la plaza del Capitolio tolosano. Aunque destinada á tan terribles aventuras, la gran ciudad del Mediodía ocupa ciertamente un sitio demasiado á propósito como centro de cita, por lo que no deja de levantarse después de cada desastre, soberbia metrópoli de toda la comarca entre Aude y

¹ *La Croisade contre les Albigeois*, edición Mary-Lafón, Introducción, p. 28.